

Senabre, Ricardo. *Metáfora y novela*, Cátedra Miguel Delibes, Universidad de Valladolid, 2005.

Ricardo Senabre ofrece en este lúcido ensayo una panorámica general de la novela como género literario y expone la tesis, perspicaz y prometedora, de la existencia de ciertas novelas cuya esencia temática es formulable sólo en términos metafóricos, de ahí el título de la obra. El libro se divide, pues, en dos partes temáticas bien diferenciadas: en la primera realiza un recorrido, con gruesos pero pertinentes y bien entrelazados trazos, por los principales avatares que guiarán la genealogía y trayectoria del género novelesco. La claridad expositiva y la amplitud de miras de las que hace gala el autor la convierten en un acercamiento útil y ameno al género, pero Senabre reserva el verdadero meollo del libro para los últimos capítulos, donde la propuesta de una novela metafórica puede abrir numerosas puertas al campo de la investigación narrativa, como demuestran la sagaz relectura que el autor realiza de obras tan trilladas por la crítica como *El Jarama* de Sánchez Ferlosio o el corpus novelístico de García Márquez.

El autor comienza avanzándonos que su propuesta metodológica pretende huir de todo lucimiento erudito en favor de un uso restringido de referencias que enriquezca una *close reading* de los textos, es decir, una lectura directa e intensa que probablemente haya sido la efectuada en los cursos de doctorado impartidos en el Graduate Centre de la City University de Nueva Cork que constituyen el germen del ensayo.

En la primera mitad, Senabre examina pues los recovecos de la constitución tardía de la novela como género maldito y la senda recorrida hasta llegar a su situación actual, en supuesto peligro de extinción para algunos. Destaca el autor la estirpe innoble del género, fuera de los confines legitimadores de la retórica clásica pese a los intentos, poco exitosos, de quienes pretenden concebirla como una evolución *sui generis* de la epopeya. Senabre cree que, en cambio, son los despojos fantásticos desechados por una historia cada vez más científica los que han constituido el territorio idóneo para la gestación de la novela, y que no es sino esa orfandad retórica la que permite el proverbial eclecticismo del género, que acoge cualquier material y ficcionaliza incluso el más veraz. Pero la novela será un género proscrito además a los ojos de los moralistas, dados los despliegues imaginativos de los autores, como prueban las frecuentes diatribas que alcanzarán incluso esferas políticas. Tampoco olvida el vuelco pragmático en el que se enmarca el género: el paso de la oralidad a la escritura como medio básico de narración de historias que, además de convertir a los oyentes colectivos en lectores solitarios, permite que por primera vez aparezca un personaje cuya visión de mundo ha sido pergeñada

esencialmente por la lectura: estamos, evidentemente, ante el caso de don Quijote. Senabre arroja luz sobre este mérito cervantino al lado de los que tradicionalmente se reconoce al autor como inaugurador de muchos de los recursos aún en rabiosa vigencia: las estrategias metaficcionales, la creación de personajes principales o el juego de niveles narrativos que serán desarrollados hasta el paroxismo en los siglos XIX y, sobre todo, XX.

A continuación, Senabre pasa revista al actual estado de salud del género y analiza el tan cacareado desahucio de la novela frente a las increíbles posibilidades narrativas y efectistas de los avances tecnológicos. Más próximo al *delectare* horaciano que a defender una función didáctica de la literatura, el autor se muestra más bien preocupado por la labor perversora que ejercen las numerosas instancias mediadoras sobre la relación, otrora más inocente, entre texto y lector, pero no se deja impresionar ni por los ecos apocalípticos que preconizan la muerte de la novela ni por las celebraciones entusiastas de la supuesta interactividad que ofrece el empleo de la informática y de las aplicaciones gráficas en el seno de la misma. Frente a los negros presagios, Senabre recuerda que la proverbial elasticidad del género novelesco le ha permitido hallar nuevo acomodo, gracias a la problematización psicológica, tras la brutal invasión del terreno narrativo por parte del cine, y otro tanto es esperable ahora. Con respecto a los reclamos participativos de la electrónica, examina numerosos precedentes lúdicos y menos presuntuosos para concluir que el ideal de la interactividad es, básicamente, una falacia, ya que la última palabra del desarrollo de una novela pertenece, irremisiblemente, a su autor. No obstante, su diagnóstico en cuanto a la supervivencia de la novela es optimista, algo que sin duda agradecerán los lectores.

En la segunda mitad, dedicada a la novela metafórica, Senabre comienza por remarcar una diferencia ya conocida pero no demasiado practicada: aquella establecida entre historia y tema. Frente a las peripecias narradas que conforman la historia, el tema se perfila como el significado profundo que, más allá de esa sucesión de anécdotas, hermana a la novela con la filosofía y la poesía. Determinar el tema es tarea complicada, a veces imposible, pero obligada si queremos sobrepasar el lado más superficial de la novela y sumergirnos en sus riquezas significativas. Pues bien, Senabre concibe como novelas metafóricas aquellas piezas cuyo tema no es reducible sino a una expresión metafórica y acentúa la necesidad de diferenciarlas de aquellas en las que un determinado personaje o lugar adquieren significados simbólicos. La fascinante revisión de *El Jarama* ferlosiano y de varias obras de García Márquez ejemplifica claramente la teoría expuesta. En especial, el espléndido análisis de *El Jarama* permite dilucidar cómo su verdadero tema no es otro que la reformulación de una metáfora, la de la vida como río, en una nueva vuelta de tuer-

ca a una imagen que cuenta con una historia todavía más rica y azarosa que la del propio género novelesco.

Ricardo Senabre emplea un concepto amplio y abarcador del fenómeno novelístico que permite analizar el *Quijote* y el *Criticón* al lado de *La regenta* o *El Jarama*, frente a quienes defienden una radical distinción entre la prosa narrativa áurea y las obras decimonónicas. Pero, además de hacer gala de una lente global e integradora, nos ofrece un perfecto ejemplo de cómo el lenguaje académico y la erudición deben ayudar a hacer inteligibles las ideas de cierta complejidad y no al revés, contradiciendo la tendencia actual de la teoría a convertir el entramado retórico, y no el tema, en la principal fuente de dificultad. Podríamos alegar que la lengua suele enmarañarse para disfrazar un contenido irrelevante o manido: a Senabre no le hace falta alguna. Su idea de la novela metafórica es brillante y sugestiva. Aún más: promete una pronta y productiva aplicación a los textos literarios, cuya pérdida de vista es otra constante en la teoría literaria actual. Su ensayo muestra un esqueleto de ideas diáfanas e interrelacionadas y un uso correcto y productivo de la erudición: numerosas obras literarias son traídas a colación para apuntalar el sólido edificio teórico que sustenta el libro. Quizás el hecho de que el contenido del mismo proceda básicamente del curso de doctorado impartido en la universidad estadounidense tenga algo que ver, así como en su estructura, que rehuye el esquema compacto y sistemático al que los ensayos nos tienen acostumbrados en favor de una yuxtaposición de múltiples capítulos breves que, eso sí, se suceden unos a otros con fuerte hilazón argumentativa.

Si acaso, se echa en falta un mayor desarrollo de esa idea tan sugestiva. En tal sentido, la estructura del libro se antoja un tanto descompensada y lo que constituye la esencia del mismo, la novela metafórica, se desarrolla en unos pocos capítulos finales, provocando que el resto del libro se nos antoje una prolongada antesala. No obstante, no significa esto que existan puntos poco claros en torno a la idea de novela metafórica: se trata simplemente de invitar al autor a que nos satisfaga con una ulterior ampliación de la misma.

MARGARITA GARCÍA CANDEIRA
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA